

Conclusiones del Congreso de Educación Católica CIEC – Lima

“Tradición que inspira, innovación que transforma”

El Congreso de Educación Católica CIEC, celebrado en Lima, ha sido un espacio de encuentro, escucha y discernimiento compartido. Educadores, líderes y comunidades educativas de América Latina y el Caribe nos hemos reunido no para aferrarnos al pasado ni para dejarnos arrastrar por las modas del presente, sino para mirar con esperanza el futuro de la educación católica, desde una identidad viva, en movimiento y comprometida con la transformación de la realidad.

A lo largo de estos días, se nos ha invitado a soñar, a pilotar un avión que encuentra más turbulencias de las esperadas, a reconocer que tenemos dos piernas.

Hemos reafirmado que educar es un acto profundamente humano, comunitario y esperanzador. La educación católica no nace del miedo ni de la nostalgia, sino de la convicción de que cada persona es un misterio digno de ser acompañado y de que el mundo, aun herido y fragmentado, puede ser mejorado a través de una educación con sentido, corazón y propósito.

1. Educar es tejer esperanza en comunidad y en relación

Hemos reconocido que nadie educa solo. La escuela católica es comunidad educativa, pacto y red. En ella, docentes, directivos, familias, estudiantes e instituciones caminamos juntos, corresponsablemente, convencidos de que educar es un acto de esperanza compartida. En un mundo marcado por el individualismo, la fragmentación y la incertidumbre, la escuela se convierte en laboratorio de fraternidad, espacio de encuentro y de paz, desarmada, desarmante. Una casa que sea casa común, casa de paz, casa de encuentro, donde todas las personas se relacionan y recuperan visibilidad y dignidad.

2. La tradición inspira cuando es raíz viva

Hemos profundizado en la certeza de que la tradición de la escuela católica no es un museo de recuerdos, sino una memoria fecunda que da identidad, sentido y horizonte. La tradición inspira cuando se encarna, cuando dialoga con la realidad, cuando se deja interpelar por los signos de los tiempos. Por eso, ya no basta con conservar: estamos llamados a recrear, a pasar de la defensa a la propuesta, de la repetición a la creatividad fiel. Estamos llamados a construir con cimientos sólidos y duraderos, sabiendo que nuestro mejor cimiento es el Evangelio.

3. La persona es siempre el centro

Toda propuesta educativa, toda innovación pedagógica, todo uso de la tecnología y toda estrategia institucional solo cobran sentido si ponen a la persona en el centro. Hemos reafirmado una educación integral que articula fe y razón, pensamiento crítico y formación ética, excelencia académica y compromiso social, interioridad y acción. En tiempos de crisis emocional, aceleración digital y vulnerabilidad global, la educación católica está llamada a formar mentes lúcidas, corazones habitados y manos comprometidas para promover hábitos pacíficos que garanticen una paz desarmada y desarmante.

4. La innovación transforma cuando nace del discernimiento

El Congreso ha sido muy claro: innovar no es copiar modas ni acumular recursos tecnológicos. Innovar es discernir qué ayuda verdaderamente a aprender mejor y a vivir mejor. La inteligencia artificial, el currículo, el marketing educativo, la gestión y la sostenibilidad solo son transformadores cuando están alineados con la identidad, el proyecto educativo y el bien común. Tecnología sin alma empobrece; espiritualidad sin realidad se desconecta. La clave está en integrar, evaluar, acompañar y poner siempre la innovación al servicio de la misión, de ahí la necesidad de alinear la IA, y toda la tecnología, al servicio de la identidad católica de nuestra escuela.

5. Liderar es servir para que otros crezcan

Hemos reafirmado la centralidad del liderazgo educativo como liderazgo interior, virtuoso, facilitador y compartido. Liderar es primero liderarse a uno mismo; es crear condiciones para el aprendizaje, el bienestar y la transformación; es sostener procesos, no solo gestionar resultados. Hemos aprendido que, en determinadas circunstancias, será mejor llamar a Aquaman que a Superman, y también que crisis y oportunidad (Wéijī) expresan la misma idea. La escuela del mañana se construye con liderazgos en red, corresponsables, capaces de soñar, de levantarse tras las caídas y de poner la educación al servicio de una sociedad más justa, pacífica y solidaria.

Nos vamos de este Congreso con más preguntas que respuestas cerradas, y eso es una buena noticia. Porque educar no es entregar mapas antiguos ni protegerse del mundo, sino ayudar a las nuevas generaciones a orientarse en territorios complejos, a descubrir que su vida tiene valor, sentido y vocación.

Hoy más que nunca, la educación católica está llamada a ser cartografía de esperanza: raíces que sostienen, alas que inspiran y redes que transforman. Educar es un acto de amor al mundo y de confianza en Dios. Es creer que otro futuro es posible cuando educamos con verdad, ternura, valentía y compromiso.

Que volvamos a nuestras escuelas no con miedo, sino con la certeza de que la tradición sigue inspirando y la innovación, cuando nace del Evangelio, sigue transformando. Y que, juntos, sigamos siendo sembradores de esperanza. Y además, sin estrés.